

## **EL VELO DE ISIS VI**

### **LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTAS**

En este capítulo tan accidentado, comienza el consejo cuando vemos al Califa estudiando con los Sabios de su reino, especialmente sobre lo desconocido, las energías que utilizaba Soleiman (Salomón), el pueblo efrite y los vasos de cobre, lanzados al fondo del mar.

Cuando algo quieres o necesitas, no puedes esperar que te lo traigan, has de ir tu en su búsqueda, y así empieza la puesta en marcha.

Se encuentra en el camino un terrorífico monstruo, que logra dominar mediante un conjuro, apoyándose en lo Superior, en el Nombre del Señor de todo lo creado, y así obtener la información que necesita.

La luz de la luna reflejo del Sol, les permite ver la ciudad, sin vida ni habitantes, pero al seguir buscando, ven la inscripción para abrir las puertas que dan paso a otro estadio, a otro lugar.

Llegan a la sala donde descansa la Virgen Tadmor, y les obsequia con todo lo que hay en ella, excepto el tocarla a ella. Al no hacer caso, uno de ellos, cae fulminado. Ello te indica la necesidad de ser prudente y atender los avisos.

El siguiente paso les lleva a encontrarse con otra raza, distinta totalmente a ellos, pero el respeto a cualquier otra forma de humanidad, hace que les entreguen los vasos que habían ido buscando. E incluso las normas para que les sean útiles sus poderes, y puedan dominarlos e utilizarlos.

Regresan con el anciano que les ayudó, y pueden poner a los pies del Califa el resultado de su búsqueda.

Es evidente que ya en los Evangelios nos insisten "Buscad y hallareis, pedid y recibiréis," confirmando estas historias anteriores

## **EL VELO DE ISIS**

### **Capítulo VI**

#### **La "historia prodigiosa de la Ciudad de Bronce" y su relación con el mito de "el Pescador"**

**El mito del pescador y la tradición de la Atlántida.**—El viajero Taleb y el omniada Abdalmalek.—Las revelaciones del jeique Abdos-samad, el shamano.—En viaje para la Ciudad de Bronce.—¡Muerte y desolación!— El Palacio de Oro y sus inscripciones jeremíacas.—"Pulvis, cinis et nihil".—El mito de "Las llaves del Destino".— Al-char, el alquimista, y su gran libro.—El Arana de las Columnas y sus maravillas jinas.—Datos históricos del jinete de Bronce de la isla del Cuervo, en las Azores.—El Rey del Mar.—La épica lucha que precediese a la catástrofe atlante.—A la vista de la gran ciudad y de sus canales.—La ciudad muerta, contemplada a la luz del menguante de la luna.—Un detalle de unas Mil y una noches modernas.—Pasajes concordantes de Platón y de otros autores.—Los threnos de Verdaguer.

En el fondo de las versiones que anteceden del cuento del Pescador y en otras varias que se podrían agregar aún, late viva la leyenda o tradición de la Atlántida, cuya pavorosa catástrofe dejó huella indeleble en la mente de los pueblos que a ella sobrevivieron. Pero en ninguna está tan vivo y tan definido este recuerdo como en la "Historia prodigiosa de la ciudad de bronce (o de la Edad del bronce)" y en el final del repetidísimo cuento del Pescador, como vamos a ver, empezando por aquélla, omitida en el texto de Galland, y consignada en el texto sirio de Mardrús.

El califa omniada Abdalmalek ben Merwán gustaba de departir con los sabios de su reino acerca de los efrites que pueblan las soledades de la tierra, las regiones subterráneas y las del aire y del mar, dominadas antaño por el saber mágico de Soleimán ben Daúd, y también acerca de los vasos de cobre en que éste los encerró

bajo su sello, echándoles luego al fondo del mar, de donde, si se sacan los vasos y se abren, escapan sus almas allí condensadas, esparciéndose en forma de negros humos que acaban por volver a formar su cuerpo como antaño. (\*)

(\*) No olvidemos nunca que este mítico personaje hebreo-árabe de Salomón o Soleimán no es sino el prototipo de los "hombres solares" o "jinas", conocedores de los secretos de la Gran Ciencia. Como se ve, en este notable cuento, además, retornan "los humos negros", que viésemos en la versión primera como símbolo de la negra magia. En el jeque o Maestro Abdos-samad, volvemos a ver, asimismo, a uno de nuestros conocidos "shamanos" u "hombres divinos", de capítulos anteriores, es decir, "cultivadores de la Religión del Espíritu".

Como los vasos en cuestión son propios del genuino mito atlante, por eso hay que buscarlos, y Abdalmalek los busca, en la zona marroquí del Atlas y del mar occidental que sepultase al consabido continente.

Y como el famoso viajero Taleb le dijese que era cierto lo de los vasos, y que ellos yacían en los confines occidentales del Maghreb, al punto el califa envió a Taleb con cartas al efecto, dirigidas a Muza, emir del Maghreb. Este último, obediente a su califa, informó a Taleb de que el único que podría conocer tales cosas era el jeique Abdos-samad, hombre que, después de haber recorrido toda la tierra, se dedicaba en soledad a consignar en libros cuanto llevara visto. Preguntado el jeique, éste, después de reflexionar durante una hora, contestó:

-¡Oh, emir Muza ben-Nossair! No le son desconocidos a mi memoria ese mar ni esa montaña por la que me preguntáis, pero, no obstante mis deseos, jamás pude llegar hasta allí.

El camino que allá conduce, es penosísimo, porque le falta agua en las cisternas, y para llegar hasta el sitio se necesitan dos años y medio, y mucho más aún para volver. Los habitantes, quienes jamás dieron la menor señal de su existencia, viven, se dice, en una ciudad situada en la propia cima de la montaña, llamada la Ciudad de Bronce, en la que nadie, hasta ahora, penetró. Te repito, pues, que el tal camino está vedado a los hijos de los hombres y erizado de espantos y peligros; es un desierto poblado de efrites y otros espantosos genios, guardianes de aquellas tierras, vírgenes de la planta humana desde la remota antigüedad. Sólo dos seres humanos han podido atravesar desde entonces tales regiones: Soleimán ben-Daúd e Iskandar el de los Dos Cuernos. En fin, si deseas absolutamente obedecer al califa, sin otra guía que este servidor tuyo que te habla, manda cargar mil camellos con odres repletas de agua, y otros mil con provisiones; lleva la menos escolta posible de gente experimentada y sin bélicos alardes. Antes de que partamos, en fin, haz tu testamento y despídete de la vida.

El emir Muza, el jeque Abdos-samad y Taleb, el cuñado del califa, partieron, pues, con una corta escolta. Durante meses y meses caminaron por llanuras solitarias, sin encontrar un sér viviente, ni un animal, árbol o planta que interrumpiese aquella monotonía, aquel silencio infinito de muerte y de desolación, hasta que, al cabo, percibieron en el lejano horizonte una como brillante nube, llegando hasta un enorme edificio con altas murallas de acero chino, de cuatro mil pasos de perímetro, y sostenido por cuatro filas de columnas de oro. La cúpula de aquel palacio era de oro, y servía de albergue a millares y millares de cuervos, únicos habitantes de la desolación aquella. En la gran muralla, donde se abría la puerta principal, de ébano macizo incrustada de oro, aparecía una placa inmensa de metal rojo, en la cual, en caracteres jónicos que descifró el jeque, se decía: ¡Entra aquí para saber la historia de los dominadores! ¡Todos pasaron ya! Y apenas tuvieron tiempo para descansar a la sombra de mis torres. ¡La muerte los dispersó como a la paja el viento; como si sombras fuesen, los ahuyentó!

Cuando penetraron en el recinto amurallado, entre nubes de negros pajarracos, vieron alzarse una torre tan alta que se perdía de vista en el cielo, y, alineados a su

pie, cuatro filas de a cien sepulcros cada una en torno de un monumental sarcófago, donde, en caracteres jónicos, formados por piedras preciosas, se leía:

“¡Pasó, cual delirio de las fiebres, nuestra embriaguez de triunfo! ¿De cuántos acontecimientos memorables no hube de ser testigo? ¿De qué brillante fama no gocé en los días de gloria? ¿Cuántas capitales de reino no retemblaron bajo el casco de mi caballo? ¿Cuántos países no saqueé, entrando por ellos cual el simum destructor? ¿Cuántos imperios, impetuoso como el trueno, no destruí? ¿Qué de leyes no dicté en el universo... ? ¿Qué de potentados no arrastré a la zaga de mi carro? Y, sin embargo, ¡ya lo véis! ¡La embriaguez de mi triunfo pasó cual espectro de calentura, sin dejar otra huella que la que en la arena pueda dejar la espuma! ¡La muerte me sorprendió sin que la detuviese mi poderío, ni lograsen mis cortesanos defenderme de ella! Por tanto, ¡oh viajero!, escucha estas palabras que, mientras estuve vivo, jamás pronunciaron mis labios:

–¡Conserva tu alma y no la pierdas! ¡Goza en paz la calma de la vida, la belleza, que es la vida misma, ya que mañana la muerte se ha de apoderar de ti...! Un día, la tierra responderá a quien te llame: “¡Murió ya! ¡Nunca mi celoso seno devolvió a los que guarda para la eternidad!”

Al oír leer estas palabras, el emir y sus acompañantes no pudieron menos de llorar. Luego, sobre la entrada de la torre, vieron escrito de igual modo:

“¡En el nombre del Eterno e Inmutable Dueño de todo poder! ¡Aprende, oh viajero, a no enorgullecerte con las apariencias! ¡Mi ejemplo te enseñará a no dejarte llevar por las deslumbradoras ilusiones que te precipitarían en el abismo! ¡Quiero hablarte de mi poderío! “¡En mis cuadras de mármol, cuidadas por los reyes a quienes antes venciesen mis armas, tenía yo diez mil caballos generosos! ¡En mis estancias reservadas tenía yo, como concubinas, mil vírgenes descendientes de sangre real y otras mil escogidas entre aquellas cuya belleza hace palidecer al brillo de la luna llena! ¡Mis esposas me dieron una posteridad de mil príncipes reales, valientes como leones! ¡Poseía inmensos tesoros, y bajo mi dominio abatíanse pueblos y reyes, desde Oriente hasta Occidente, sojuzgados por mis invencibles ejércitos! ¡Y creí eterno mi poderío y afianzada por los siglos de los siglos la duración de mi vida, cuando de pronto se hizo oír la voz que me anunciaba los irrevocables decretos del que no muere jamás!

“¡Entonces reflexioné acerca de mi destino! ¡Congregué a mis millones de guerreros, a mis jefes y a mis reyes tributarios, y haciendo traer ante ellos todos mis tesoros, les dije: ¡Os doy estas riquezas, estas arrobos de oro y de plata, si lográis prolongar un solo día mi vida sobre la tierra! Pero ellos se mantuvieron con los ojos bajos y en silencio. ¡Morí entonces, y mi Palacio de palacios se tornó en asilo de la Muerte! ¡Si deseas, viajero, conocer mi nombre, sabe que me llamé en vida Kusch ben-Scheddad ben-Aad el Magnífico!”

Y ya dentro de la torre, de salones y más salones, fríos, mudos y solitarios, el asombro del emir Muza no tuvo límites al penetrar en una estancia más regia, aún con una admirable mesa de madera de sándalo, maravillosamente tallada y en la que se leía en caracteres análogos a los anteriores: “¡Mil reyes tuertos, y otros mil que conservaban bien sus ojos, se sentaron aquí en remotos días... ! ¡Ahora son ciegos todos, dentro de su tumba!”

Deshechos en lágrimas, abandonaron el palacio y siguieron su camino hacia la Ciudad de Bronce, caminando así tres días. A la caída de la tarde del último, vieron que a los

rayos del rojo sol poniente se destacaba sobre alto pedestal la silueta de un jinete que inmóvil blandía una lanza de larga punta, semejante a una llama, incandescente como la del sol. Cuando se hallaron más cerca de la estatua, advirtieron que pedestal y estatua eran todo de bronce, y que el palo de la lanza llevaba escrito en caracteres de fuego(\*):

(\*) Este singular jinete guarda relación con otra historieta del texto de Mardrus, que lleva por título “Las llaves del Destino”, y que no podemos menos de extractar así:

El califa Mohammad ben Theilún, sultán de Egipto, era tan bueno como fuese de pésimo su padre Theilún. Con los tesoros de éste protegía a los poetas y a los sabios, aumentaba los sueldos a sus empleados y hacía bien a todo el mundo. Cierta día se le presentó un viejo jeique, portador de un cofrecito de oro encerrando un pergamino que nadie podía leer. Un anciano servidor de su padre dice entonces que sólo podría leerle el jeique Hassán Abdalah, hijo de Al-Achar, quien yacía olvidado en una mazmorra hacía ya cuarenta años, porque el difunto quería obligarle a leer precisamente aquel mismo manuscrito después que le desposeyó de él. Al punto el sultán manda traer al sabio que, por milagro del Destino, vivía aún, y que, entre el asombro de todos, cuenta su historia en estos términos:

—Nací en una de las más ilustres familias, recibiendo esmeradísima instrucción, y, desposado, viví feliz durante diez años, al cabo de los cuales todo se volvió en contra mía. La peste se llevó a mis padres, el fuego destruyó mi casa, el mar se tragó mis navíos y quedé reducido a la condición de mendigo. Un beduino extraño se presentó un día preguntando por mí; yo quise ocultarme, pero él me reconoció y me compró como esclavo, para que con los mil dinares de mi venta (que es el precio de un hombre según el sagrado Libro), pudiese vivir mi mujer. “¡Sólo quiero en ti un compañero para el viaje que voy a emprender!”, me dijo el beduino, y me llevó caminando diez días a través del desierto. Al día undécimo divisamos, en medio de una inmensa llanura sembrada de pepitas de oro, una alta columna de granito rojo con un jinete de cobre rojo todo él, llevando en su mano derecha extendida cinco llaves, una en cada uno de sus dedos. Las llaves eran: la primera de oro, talismán que abría la puerta de la Miseria; la segunda de plata, que era la que abría la puerta del Sufrimiento; la tercera de cobre, que era la de la Muerte; la cuarta de hierro, o sea de la Gloria, y la quinta de plomo, para la puerta de la Dicha y de la Sabiduría, como después supe. Mi amo el beduino sacó al punto una flecha, asestandola contra el jinete rojo, pero erraba siempre el tiro. —¡Sólo tú puedes acertar, y si aciertas, eres libre!” —me dijo. El arco era de fabricación india y con él fuí tirando al suelo unas tras otras cuatro de las cinco llaves, rechazando mi amo la de oro y la de plata, que yo, insensato, me apresuré a guardar, mientras que él se quedaba con la de hierro y la de plomo. Por fortuna no derribé la de cobre, que era la de la muerte; pero la flecha, al caerme, me hirió en un pie, dejándome huella para toda mi vida. De regreso ya, pasé mil penalidades, merced a las dos llaves que, imprudente, guardase, y al cabo de mucho caminar nos encontramos frente a una alta montaña, a la que me hizo el beduino subir de noche así que salió la luna, y allí esperar sin dormirme la salida del sol, para servirse de mí como de un gnomón y calcular, trazando signos en la arena, el emplazamiento exacto de un sepulcro de mármol blanco, oculto bajo la arena con un esqueleto y un pergamino de piel de gacela teñido de púrpura y escrito en caracteres de oro.

“Ahora conozco, dijo lleno de satisfacción el beduino, el verdadero camino que conduce a El Arana de las Columnas, la ciudad misteriosa donde jamás ha hollado la planta de ningún adamita, y donde está el azufre rojo, germen de todos los metales preciosos.” Y, mientras hablaba, hizo gran provisión de pulpa de cierta planta que crecía por allí cerca. Bordeando la montaña nos cortó el camino un río todo de mercurio, que sólo podía cruzarse por un estrechísimo puente de cristal, sin pasamanos, y que pudimos atravesar mediante babuchas de lana, sin mirar el abismo a derecha e izquierda. Luego seguimos por un tenebroso valle cuajado de árboles todos negros y erizado de pavorosas serpientes de cuernos negros que tuve que matar a flechazos, para traer a mi amo su cabeza y su corazón. Allí enciende lumbre éste mediante un diamante tallado y un rayo de sol; saca de su ropa un vasito de hierro y una redoma labrada de un solo rubí y cuyo rojo contenido dijo ser sangre del Ave Fénix, elaborando así una tintura mágica sin dejar de seguir las fórmulas del manuscrito. Haciéndose frotar con aquel líquido espeso, le nacieron alas de pájaro, con las que echó a volar, y yo con él agarrado a su cinturón. Bajo nuestros pies fueron desfilando raudos, azules horizontes, llanuras de polvo de oro, ciudades, palacios y jardines, hasta llegar a El Arana de las Columnas con sus murallas de plata y oro, sus ocho puertas de piedras preciosas de una sola pieza, sus palacios pletóricos de arte y de tesoros, sus jardines de ensueño, sus cuatro ríos de vino, leche, agua de rosas y miel, y, en fin, su acrópolis de esmeralda, donde, bajo una cúpula diamantina y en cuyo trono de púrpura, yacía el áureo cofrecito misterioso conteniendo el azufre rojo o piedra filosofal, la Kimia de los sabios.

Ebrio de gozo el beduino, se decía: “¡Fundaré palacios, mejores que los de los mejores soberanos de la tierra, compraré las vidas y las conciencias, seduciré a la virtud y el mundo entero se prosternará a mis pies!” Dueño ya del ansiado tesoro y despreciando en absoluto cuantas tentadoras riquezas había por aquí y allí esparcidas, salimos por la puerta de rubí.

El cristalino horizonte azul se abrió de par en par, dejándonos pasar, y cuando nos volvimos para mirar, la ciudad entera había desaparecido. Cruzando de nuevo por el puente agudo como filo de cuchillo el río de azogue, regresamos, al fin, a Egipto, bien ignorante yo de que llevaba conmigo las llaves de la miseria y del sufrimiento, mientras que mi amo se ufana con la posesión de la gloria y la sabiduría, y me obligaba a vivir con él en un palacio estudiando ciencias ocultas; hasta que cierto día quedó muerto sobre el regazo de su joven concubina.

Una vez cumplidos por mi todos los deberes fúnebres para con mi amo, encontré poseedor del cofrecillo y del manuscrito, leyendo en este último la explicación de las llaves fastas y nefastas del Destino. ¡El beduino me había comprado sólo para sustraerse al maleficio de las llaves de oro y de plata! Pero no bien me hube, señor, enterado de esto, terminó diciendo el anciano jeique, me vi preso por orden de vuestro padre, creyendo poder arrancarme así las llaves de la alquimia.”

Asombrado el sultán de aquella tan peregrina historia, le hace curar al anciano y le nombra su visir; manda escribir la en letras de oro sobre el mejor papel incombustible de pergamino a los cronistas del reino, y, con los polvos que aun quedaban en el cofrecillo, transmuta en oro siete mil quinientos quintales de plomo, y con ellos y otras muchas riquezas

igualmente obtenidas, se alzó la célebre mezquita de Mohammad ben Theilún, asombro de los siglos.

No cerraremos esta nota acerca del famoso jinete de bronce indicador del camino de la Atlántida, sin recordar que, según las Crónicas de Portugal, cuando el rey Alfonso V permitió que sus gentes fueran a poblar el archipiélago de las islas Azores, estas últimas se vieron sorprendidas en la isla más occidental, o sea en la del Cuervo, por la presencia de una enorme estatua ecuestre que señalaba el camino hacia Occidente. Semejante relato coincide con otro análogo de D. Domingo Bello y Espinosa, en su obra: "Un Jardín Canario", donde se menciona otra estatua cuajada de inscripciones que se halló en la playa de Güimar, y que maravilló a aquellos isleños, desconocedores de la escritura. Por supuesto que el autor, con el escepticismo de siempre, opina que se trataría de un mascarón de proa de algún barco fenicio sumergido.

"¡Audaces viajeros, que pudisteis llegar hasta estas vedadas tierras, ya os será imposible volver sobre vuestros pasos! ¡Si buscáis el camino de la gran ciudad, movedme sobre mi pedestal con toda la fuerza de vuestros brazos, y encaminaos hacia el lugar donde yo vuelva el rostro una vez que torne a quedar quieto!"

Entonces el emir Muza se acercó al jinete y le empujó con la mano. El jinete, con la rapidez del relámpago, giró sobre sí mismo y se paró con el rostro vuelto en dirección completamente opuesta a la que habían seguido los viajeros. El jeique Abdos-samad reconoció que, efectivamente, habíanse equivocado, y que la nueva ruta era la verdadera. Rectificado así el rumbo, prosiguió el viaje días y días, hasta que una noche llegaron los viajeros ante una columna de piedra negra, a la cual estaba encadenado un sér extraño, del que no se veía más que medio cuerpo, pues el otro medio yacía enterrado en el cieno. Era un engendro monstruoso, que se diría arrojado allí por las potencias infernales: negro, corpulento, con dos enormes alas de murciélago; cuatro manos, dos de ellas semejantes a garras de leones.

En su cráneo, espantoso, se agitaba una áspera crin formada de serpientes, y su cola era la de un asno silvestre. Dos pupilas rojas llameaban en las hundidas cuencas de sus ojos, y en la frente, exornada por solo ojo vertical, fijo e inmóvil, de verdosos fulgores más que de tigre. Dando gritos y rugidos estentóreos quería lanzarse sobre los viajeros tan luego como los divisó.

–¡Esto supera a mi entendimiento –exclamó el jeique. Y luego, haciendo un inaudito esfuerzo, le conjuró, diciéndole:

–¡En el nombre del Señor de todo lo creado, te conjuro para que me digas quién eres y por qué estás así castigado!

El busto, lanzando un espantoso baladro, respondió:

–¡Soy un efit de la posteridad de Eblis, padre de los genn. Me llamo Daesch-ben-Alaemasch y estoy aquí encadenado por la fuerza Invisible hasta la consumación de los siglos!– Y continuó:

–Antaño, en este país, existía en calidad de protector de la Ciudad de Bronce un ídolo de ágata roja, del cual yo era guardián y habitante al propio tiempo, porque me aposenté dentro de él, y de todos los países venían muchedumbres a consultar por mi conducto sus destinos y a escuchar los oráculos y predicciones augurales que hacía yo.

"El rey del Mar, de quien yo mismo era vasallo, tenía bajo su mando supremo al ejército de los genios que se había rebelado contra Soleimán-ben-Daúd, y me había nombrado jefe de ese ejército para la guerra que no tardó en estallar, cuando Soleimán, deseoso de contarla entre sus esposas, solicitó la mano de la hermosísima hija de nuestro rey, exigiendo al par que se hiciese pedazos mi ídolo y se abandonase mi culto.

"El ejército de Soleimán consistía en genios, hombres, pájaros y cuadrúpedos. Al frente de los guerreros que, ascendiendo a sesenta millones, no era, sin embargo,

como el de los animales, reclutado en todos los lugares de la tierra. El Universo entero tembló ante la rudeza del primer choque, que lo decidió todo, pues caían sobre nosotros verdaderas montañas inflamadas... En mi fuga por los aires, que duró tres meses, fuí al fin apresado y atado a esta columna, mientras que a todos los genios que me seguían los transformaron en negras humaredas, encerrándolas en vasos de cobre, sellados con el sello de Soleimán, y luego arrojados al fondo del mar que baña las murallas de la Ciudad de Bronce. En cuanto a los que habitaban ésta, no sé qué ha sido de ellos, pero, si vais a dicha Ciudad, acaso encontréis de ellos huellas y lleguéis a saber su historia."

Cuando acabó de hablar, el monstruo se agitó de un modo frenético para soltarse contra ellos, por lo que se dieron prisa a proseguir hacia la ciudad cuyas torres y murallas se divisaban en lontananza; mas, como se acercaba la noche y las cosas tomaban un aspecto hostil, prefirieron esperar al amanecer para acercarse a las puertas. Al otro día se llegaron a la ciudad, pero por más que la fueron rodeando, no acertaron a hallar puerta ni entrada alguna, pues toda la muralla era de metal liso y tan alta como una de las primeras cadenas de montes que la rodeaban. Tampoco se oía, dentro ni fuera, ni el menor rumor ni la menor señal de vida. Ante aquel problema optaron por subir a una de las altas montañas vecinas para desde allí siquiera contemplarla. Al principio caminaron entre las tinieblas de las primeras horas de la noche, pero, de pronto, apareció por Oriente la luna iluminándolo todo con sus esplendores, y a las plantas de los viajeros desplegóse un espectáculo que les contuvo la respiración.

¡Estaban viendo una ciudad de ensueño!

Bajo el blanco cendal que caía de la altura, en cuanta extensión abarcaba la mirada, aparecían, dentro del recinto de bronce, cúpulas de palacios, terrazas de casas y jardines apacibles. A la sombra de los macizos brillaban los canales que iban a morir en un mar de metal, cuyo seno frío reflejaba las luces del cielo. Y el bronce de las murallas, las pedrerías encendidas de las cúpulas, las nítidas terrazas, los canales y el mar entero, así como las sombras proyectadas por Occidente, amalgamábanse bajo la brisa nocturna y los mágicos efluvios de la reina de la noche.

Sin embargo, aquella inmensidad estaba sepultada como una gigantesca tumba en el solemne silencio de la noche luminosa. Ni el menor vestigio de vida humana había allí dentro.

Pero he aquí que, con el mismo gesto hierático, de quietud infinita y eterna, se alzaban, sobre monumentales zócalos, altas figuras de bronce, enormes jinetes tallados en mármol, animales alados petrificados en un vuelo estéril, y los únicos seres dotados de movimiento en aquella ciudad de la quietud absoluta eran millares de inmensos vampiros que revoloteaban en torno de aquellos edificios, mientras que invisibles búhos turbaban el estático silencio con sus lamentos fúnebres en las terrazas solitarias y los palacios muertos...

Al bajar luego de la montaña vieron en el muro broncíneo esta inscripción:

"¡Oh hijo de los hombres y cuán vanos son todos tus cálculos...! ¿Dónde están los reyes que cimentaron los imperios? ¿Dónde los conquistadores, los dueños del Irak, Ispahán y Khorassán? ¡Pasaron como verdura de las eras! ¡Como si nunca hubieran existido, en verdad...! ¡Los hombres llenos de vanas esperanzas y efímeros proyectos, cambiaron por la tumba los palacios donde ahora sólo habitan los búhos...!"

Al otro día Muza y sus compañeros construyeron una escala de madera y ramaje para

poder ascender hasta la muralla. Ya arriba, llegaron al fin ante dos torres unidas entre sí por una puerta de bronce, cuyas dos hojas encajaban tan perfectamente que no se hubiera podido introducir por su intersticio la punta de una aguja.

Sobre aquella puerta aparecía grabada en relieve la imagen de un jinete de oro, y en la palma de su mano abierta, esta inscripción:

“Frotad la puerta doce veces con el clavo de oro que en mi ombligo hay”. Hiciéronlo así, y a la duodécima vuelta se abrieron las puertas, dejando ver una escalera de granito rojo que descendía en caracol. El emir y los suyos bajaron por ella hasta una vasta sala de armas llena de guerreros en todas las actitudes y a quienes hablaron en todas las lenguas conocidas, sin que respondiesen, ni siquiera por señas.

–¡Por Alah que nunca viese cosa igual de unos vivos muertos o unos muertos vivos! – exclamó asombrado el jeique Abdos-samad.

Del mismo modo visitaron el zoco, las calles, los palacios, las casas, sin encontrar más que actitudes hieráticas, como si el soplo de lo Desconocido les hubiese cristalizado en un instante, como el agua corriente bajo la acción de un frío intensísimo.

Por último visitaron el Palacio central, y allí, una tras otras, sin que nadie se moviese de cuantos infinitos servidores yacían en actitud de recorrerlas o guerreros armados para guardarlas, vieron siete recintos llenos con las mayores preciosidades del mundo en joyas, alhajas, oro, telas, armas, libros, etc., a cuya descripción renunciarnos, porque ocuparía, a bien decir, gruesos volúmenes ...(\*)

(\*) Las supuestas “leyendas” de Las mil y una noches resurgen más o menos en todas las grandes apoteosis de los pueblos, antes de iniciar su decadencia, “abriendo con llave de oro la puerta de la miseria”, que diría el cuento de la nota anterior.

No hablemos de las locuras fastuosas de griegos y romanos, ni tampoco de las riquezas de los Imperios azteca e inca, momentos antes de que les destruyesen los españoles. Baste a nuestro propósito el extractar hoy unos pasajes del interesantísimo artículo de D. Víctor G. Saravia en La Correspondencia de España (diciembre de 1921), en el que se dice acerca de “La mujer más cara del mundo” lo que sigue:

“Es cosa corriente que en el Extranjero los millonarios se casen con las artistas. Especialmente en los Estados Unidos, estos matrimonios han sido como una enfermedad contagiosa. Los acaparadores de oro acaparaban también las bellezas y con ellas su nombre, su prestigio, su gloria. Inflúa en estos matrimonios seguramente el deseo de los hombres de atraer la atención, de recibir aunque sólo fuese el reflejo de la gloria que circundaba a ciertas mujeres. Había, pues, mucho de externo, de exhibición, de aparato escenográfico, y un poco también de egoísmo por parte de las mujeres.

Luego, cuando terminada la representación quedaban a solas las dos personas, sin espectadores, o el cariño los ganaba o venía otro espectáculo más gracioso, más regocijante que el anterior: sobreviene el divorcio con todos sus pintorescos incidentes, con todas las sabrosas escenas de un matrimonio a base de un artista y un millonario...

“Pero con haberse repetido tantísimo el caso, nunca se había dado otro como este que acaba de apasionar al público neoyorkino, que ocupa hoy las columnas de la Prensa y está siendo objeto de todos los comentarios. Se trata de la mujer más cara del mundo, de una mujer que ha costado a su esposo más de tres millones de duros en tres meses. Se trata de una verdadera vampiresa, de una insaciable de oro, de una formidable derrochadora, que no concibe más gloria que la de tener millones.

“Esta mujer es Peggy, artista cómica antes de su matrimonio, joven de veinte años y divorciada tres veces. Tres. El rey de la madera, el millonario J. Spanle y Joyee, que acaba de separarse de ella, era su tercer marido.

“La historia de esta mujer, como la de casi todas las triunfadoras, apenas si se conoce. Inició su vida de gloriosa en un pueblo, donde contrajo matrimonio con un barbero; pero pronto sus sueños de grandeza pusieron alas a su breve cuerpo de diosa triunfal y se lanzó a las turbulencias de la gran ciudad neoyorkina. Y fué artista, tiple cómica de diversos teatros. Su belleza deslumbradora y su gracia la hicieron soberana y pronto la ex esposa de un barbero contrajo nuevo matrimonio, que, aunque más ventajoso, tampoco satisfacía sus anhelos de derrochadora.

“Y se divorció nuevamente. Y se interpuso en su camino James Spanle Lyee, rey de la madera, millonario y joven. Ella desplegó todas sus galas, empleó todos sus ardides y Lyee fué su esposo. La tiple cómica se transformó en millonaria y dió principio a su vida fantástica. Vida de pecadora, vida sin freno ni respetos, vida sin sentimiento moral, porque en ella el oro lo es todo y el hombre nada...

“Cuando James Stanley Loyce, enterado de las locuras de su mujer, pidió el divorcio, redujo la cuota para el sustento de su mujer a 1.250 duros al mes hasta tanto que el Tribunal diese su fallo. Al saberlo la ansiosa de oro, le acusó de ridículo en sus economías, y presentó una queja al juez diciendo que su tercer marido, Stanley Lorce, era exigente y cruel.

“Pero no hubo nada de eso. Los criados declararon que en los primeros tiempos Loyce estaba locamente enamorado de Peggy, y que ella, cuando deseaba una joya, se enfadaba con él y le arañaba brutalmente, dejándole en la cara señales difíciles de ocultar. Cuando los arañazos habían cicatrizado, salía a la calle, y volvía con un gran regalo, que era el ramo de olivo... Una de estas veces le regaló un collar de perlas que valía 325.000 duros.

“El mismo marido, tan castigado, ha dicho durante la vista de la causa que los tres meses de vida matrimonial le han costado 1.380.000 duros, y el joven rey de la madera no contaba la verdad, porque sentía vergüenza. Sólo conquistar a su mujer le costó un millón de duros en alhajas. A esto hay que añadir lo que le ha costado separarse de ella, pues el proceso le ha costado 80.000 duros, lo que hace una suma de dos millones y pico, o sea más de 700.000 duros mensuales. Es decir, unos 2.500 duros diarios, sin contar los gastos de casa.

Y después de estos terribles datos, el articulista continúa con este pasaje típico de los faustos de Las mil y una noches:

“Cuando el juez declaró a Peggy culpable de mal comportamiento, en grado tal que daba derecho a Loyce para recobrar su libertad, el millonario dejaba en poder de su ex esposa los siguientes recuerdos:

“Un automóvil Rollsroyce, dos Renault y una casa en Nueva York, por valor de 210.000 duros; capas de pieles exquisitas, que valen 40.000; un reloj de pulsera, 2.700; un solitario con perlas, 1.250; un oráculo de diamantes y zafiros, 3.800; un collar de piedras preciosas, 3.650; distintas joyas, 6.911; un reloj de pulsera con diamantes, 3.800; un brazalete de esmeraldas y brillantes, 35.000; un collar con 55 perlas grandes, 325.000 –este es el regalo que le hizo un día que le arañó–; una sortija de diamantes, 54.100; otra de 17 quilates, 64.600; un brazalete de brillantes, 31.500; otro, 19.500; una sortija de brillantes, 86.000; un brazalete con reloj y brillantes, 1.100; otro de zafiros. y diamantes, 4.800; otro de esmeraldas, 4.400; una sortija de esmeralda, 25.900; cadena de oro y diamantes, 6.400; collar de perlas, 78.500; sortija de esmeralda, 17.000; un alfiler, 3.000; una hebilla, 4.000; otro collar de perlas, 200.500; un brazalete de zafiro, 4.800. Un total de 1.188.211 duros. El millonario entabló demanda para recuperar estos “pequeños objetos”, que sólo constituyen una parte de la colección de Peggy; pero luego la retiró porque hubiera dado lugar a un pleito de años. Pero antes de retirarla, su esposa prometió devolverle algunas joyas, que representan un valor de 150.000 duros, y acerca de las cuales tiene el millonario cierta inclinación sentimental. Pero entre esas joyas, ni en la cuenta de lo que gastó Loyce con su esposa, no está incluida una tiara de diamantes que ella compró durante su estancia en París, y por cuenta de su marido, en la Casa de Carpiet. Como el marido se negó a pagarla, la Casa sostiene un pleito contra él, reclamándole 1.347.000 francos”.

Cuando hubieron admirado todo aquello pensaron en volver sobre sus pasos, pero no sin sentir la tentación de arrancar y llevarse un inmenso tapiz de seda y oro que cubría una de las paredes de la última sala. Cuál no sería su sorpresa al advertir detrás una finísima puerta de marfil y ébano, cerrada herméticamente y sin la menor traza de cerradura ni de llave. Abdossamad se puso, sin embargo, a estudiar el mecanismo de aquellos cerrojos, tropezando al fin con un resorte oculto, que hizo abrirse de par en par la puerta, dejando ver la maravilla de un oratorio como nunca se ha visto ni puede imaginarse en medio del más delicioso de los conjuntos de arte. Allí, entre los vivos resplandores de mil luces y millones de piedras preciosas, bajo un dosel de terciopelo salpicado de gemas y diamantes, y en medio de amplio lecho de sedas y terciopelos, yacía una joven de tez brillante, párpados entornados por el sueño, con una belleza verdaderamente sobrehumana. A sus dos lados, con los alfanjes desenvainadas, yacían dormidos dos esclavos, sus guardianes, y en la mesa de a los pies del lecho se leía esta inscripción:

“¡Soy la virgen Tadmor, hija del rey de los Amalecitas, y esta ciudad es mi ciudad! Puedes llevarte, ¡oh!, tú, intrépido viajero, que hasta aquí has podido llegar por tu esfuerzo, todo cuanto te plazca; pero ¡ten cuidado con poner sobre mí una mano violadora, porque tu castigo excedería a todo cuanto se puede pensar!”

Taleb, sin hacer caso de la advertencia y pensando obsequiar con aquel regalo al califa, quiso, sin embargo, llevarse a la joven; pero en el acto cayó muerto por las picas y alfanjes de los esclavos. Los demás no quisieron permanecer ni un momento más allí, y por los mismos pasos emprendieron el regreso hacia el mar.

Ya en la playa, encontraron a unos cuantos pescadores negros, a quienes el emir les expuso su deseo, contestándole el más anciano de ellos.

–Ante todo, hijo mío, has de saber que cuantos pescadores nos hallamos en esta playa creemos en las palabras de Alah y en las de sus Enviados; pero cuantos se encuentran en la Ciudad de Bronce están aquí encantados desde la más remota antigüedad, y así seguirán hasta el último día de los tiempos en el que todas las cosas han de ser aclaradas. Respecto de los vasos que contienen efrites, nada más fácil que



el procurároslos. Poseemos una porción de ellos que, una vez destapados, nos sirven para cocer pescado. Os daremos, pues, los que queráis. ¡Solamente es necesario que los hagáis resonar antes de destaparlos, golpeándolos hasta obtener de quienes los habitan el juramento de nuestra profesión de fe! También os daremos para el Emir de los Creyentes, dos hijas del mar que hemos pescado hoy mismo y que son más bellas que todas las hijas de los hombres.

Agradecidos abrazaron todos al anciano y le invitaron a seguirles con los suyos a su país, cosa que ellos hicieron con el mayor gusto; emprendieron juntos el camino de regreso a Damasco, donde llegaron con toda felicidad, depositando los vasos de cobre con efrites a los pies del califa poderoso.

### COMENTARIOS

La leyenda de “La ciudad de Bronce”, como su homóloga de “La ciudad atlante de las Puertas de Oro”, es universal en la antigüedad, y siempre refiriéndose al Magreb y a sus costas occidentales. El Edrisi, El Andalus y otros cronistas árabes medioevales nos hablan de ella más o menos claramente, y la magna discusión acerca del verdadero emplazamiento de la Cerne atlántica, que se cita en los Periplos cartagineses de Hamnon y de Xilax, y que tanto preocupan a nuestro Costa en sus estudios ibero-marroquíes. Los mismos conocidísimos diálogos platónicos, El Timeo y el Critias, que hemos reproducido por extenso en De Sevilla al Yucatán, Viaje ocultista por la Atlántida, nos dan pormenores históricos, siquiera nuestra necedad los siga teniendo por fabulosos, acerca de la Gran Ciudad Atlante, metrópoli de cien gnomos o reinos tributarios, cada uno tan espléndido como el mayor de los imperios históricos, con mil detalles acerca de su organización social, costumbres y hasta fiestas en las que no es temerario el ver el origen de nuestras propias corridas de toros. La célebre y agotada Historia del Dr. Huerta y Vega, de la que tantos pasajes reproducimos en nuestra citada obra, nos habla, además, con cargo a documentos persas, hoy ya perdidos, acerca de ese “Rey del Mar”, al que alude la leyenda transcrita cuyo nombre parsi de “Neptuno” fue luego ehumerizado o deificado por el mito griego de Hesiodo y de sus sucesores.

En cuanto a los líricos lamentos de aquel Jeremías atlante, que escribiese las iónicas inscripciones que los viajeros se iban encontrando en su peligrosísimo camino, los vemos también reproducidos por el sublime puestos en labios de los druidas o sacerdotes del canto segundo: “¡Húndase nuestro imperio, que ha derribado a tantos otros. Aquel que despertó a nuestro paso hacia Oriente, animado por el espíritu de una nueva vida, dará al viento nuestros huesos, nuestras cenizas y nuestra historia. Los cláperes y los dólmenes, alzados por nuestras manos cual hijos espúreos, no sabrán mañana pronunciar nuestros nombres, y responderán tan sólo a los viajeros: “-¡Rastros somos, no más, de unos gigantes que fueron!” Los siglos olvidarán nuestro origen y aun nuestra propia existencia como pueblo, y, al hablar de sabios esforzados y diestros guerreros, volverán sus ojos hacia donde nace el sol;

y haciendo gala de inspiración los nuevos maestros, olvidarán de intento que más de una lumbrera del mundo tuvo su orto en Occidente ... Mas, no, que los mares que nos sepultan proclamarán un día, con irrefutable lenguaje, la gloria de los que dejamos establecidos en Egipto con la misión del magisterio del mundo; pues ya éramos nosotros gigantes, antes de que la propia Grecia existiera."

Y si a entrar fuésemos en la correspondiente disquisición histórica sobre particular de tamaña importancia como es éste, necesitaríamos recordar a Solón, cuando el sacerdote de Sais le narraba el tremebundo ataque sufrido heroicamente por la Atenas de hace once mil años, de parte de innumerables huestes atlántidas venidas de Occidente pocos años antes de la última catástrofe que sepultó los últimos restos de aquel antiguo continente "mayor que Asia y Libia juntas"; huestes atlantes que también invadieron el valle del Nilo, según nos asegura Anquetil Du Perron, y a las que tan hermosa elegía consagra la leyenda histórica que queda transcripta, leyenda relativa también a ese Kush ben Aad el Magnífico, que no es sino uno de esos príncipes cainitas, camitas, cusitas o "in-cas", a los que se alude en no pocos pasajes de la Biblia, sin olvidar el tan velado y desnaturalizado de su sumersión bajo las aguas del "Mar Rojo", mar que no es, por supuesto, el actual de entre Egipto y Arabia, como se cree, sino el Mar occidental Erithreo, Siluro o Atlántico, que decimos hoy; como tampoco semejante "Egipto" es el actual del Nilo, sino el de los atlantes antecesores de los egipcios históricos que pasasen a su actual emplazamiento africano de este último río, arrancando del país atlante a través de múltiples países en itinerario maravilloso al que los informados en estas cuestiones, nada tratadas todavía por nuestra prehistoria oficial, denominan "Itinerario de Io o del Culto de la Sagrada Vaca", es decir, del Culto lunisolar o primitivo, al que tantas referencias llevamos hechas en el curso de nuestras obras teosóficas.

Y la empresa emprendida por los tres personajes mahometanos es idéntica a la que sus homólogos los dignatarios de Moctezuma emprenden al País de sus Antecesores o "mundo de los jinas", según el relato que, con cargo al P. Durán, trascribimos al final del capítulo VII de De gentes del otro mundo, con el particular curioso de que la salomónica "mesa" que los viajeros encuentran, aparece luego en nuestras propias crónicas de los primeros tiempos de la invasión árabe de nuestra península siendo objeto de terrible discusión entre los caudillos Muza y Tarik (Lafuente, Historia de España), como también el monstruo encadenado a la salida de los subterráneos que conducían a la Ciudad del Bronce, traen a la memoria aquellos dos terribles monstruos diabólicos de Gog y Magog, que el Antecristo lanza para devorar a sus elegidos, en el complicado e ininteligible texto del Apocalipsis, pobre glosa del viejo Libro de Enoch de los primitivos etíopes. En cuanto a las terribles batallas de las que el monstruo en cuestión hace relato a los viajeros, no son ellas

sino las horribles que durante varios lustros antes de la gran catástrofe ensangrentaron todas las regiones occidentales atlantes y arias, narradas también en el Mahabharata. Los “cuervos” que aquí aparecen son hermanos legendarios de esos otros “cuervos” de Remo y Rómulo, de Sigfredo, de San Pablo, primer ermitaño, y hasta de los que guiaron misteriosamente a través del desierto líbico, según los biógrafos de Alejandro, al héroe macedónico cuando fué a destruir el maravilloso templo cirenaico de Júpiter Amnon.

Por relacionarse asimismo con otras leyendas que vendrán después, omitimos todo lo relativo a las manipulaciones de los visitantes de la ciudad para hallar los invisibles resortes de las puertas secretas de aquesta, como el coronel Olcott refiere le acaeciese a él mismo en su visita con H. P. B. a las célebres cuevas hindúes de Karli, y también lo relativo a esos “príncipes tuertos”, “calendas” o iniciados a los que se alude de pasada en el texto, mas relacionado todo ello, como veremos, con el gran mito de Aladino y de su maravillosa “Lámpara”, que vendrá después de este del Pescador y de sus “vasos” con éfrites perversos...

Porque hay que decirlo de una vez para siempre: todos los grandes mitos del pasado no son sino otros tantos “velos de Isis” echados sobre ese mundo superior “de los jinas”, que nos aguarda allende la tumba, mundo en el que viven su cuerpo astral o etéreo nuestros muertos queridos, y que es morada habitual además de seres superhumanos “Maestros o Protectores Invisibles”, invisibles tan sólo para la Humanidad desde que allá, con la atrofia de la glándula pineal o “tercer ojo de los Cíclopes”, perdió la facultad de ver normalmente en semejante mundo, al mismo tiempo que adquiría el sexo, la responsabilidad y la mente, según nos enseña la constante tradición occidental en numerosísimos pasajes y mitos.

EL VELO DE ISIS  
Mario Roso de Luna